

DOMINGO IV DEL TIEMPO DE ADVIENTO, CICLO C

Miq 5, 1-4a; Sal 79; Heb 10, 5-10; Lc 1, 39-4

En aquellos días, se puso en camino María y se dirigió con prontitud a la región montañosa, a una población de Judá. Entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel. En cuanto oyó Isabel el saludo de María, saltó de gozo el niño en su seno; Isabel quedó llena de Espíritu Santo y exclamó a gritos: «Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu seno; ¿cómo así viene a visitarme la madre de mi Señor? Porque apenas llegó a mis oídos la voz de tu saludo, saltó de gozo el niño en mi seno. ¡Dichosa la que ha creído que se cumplirían las cosas que le fueron dichas de parte del Señor!».

Estando próximo la celebración del acontecimiento que ha revolucionado la historia de la humanidad, que es celebrar el nacimiento entre nosotros del Dios que se ha hecho hombre, que se ha anonadado totalmente, dejando su gloria; para que el hombre, contemplara a Dios en su realidad concreta. Debemos decir con toda libertad y verdad, que no ha habido ni habrá evento dentro de la historia de la humanidad, que haya transformado la vida del hombre, la cultura y la historia; lamentablemente hoy somos espectadores activos de una sociedad que se deshumaniza, que se degrada, por cierto tipo de ideología que se encubre en las leyes y en maneras de vivir, que se postulan como portadoras de una real madurez y autonomía del hombre moderno. Como dice el libro del Apocalipsis, en este tiempo retornemos al único y verdadero primer amor, como el hijo pródigo, para que nuestra vida sea un festín de común unión de amor de la humanidad y entre cada persona: porque Cristo el Hijo de Dios ha nacido, "...sol que nace de lo alto..." y que viene a llamarnos de toda oscuridad, soledad, confusión, desesperanza, porque Cristo es el camino verdadero que nos lleva a una vida auténtica que salta hasta la vida eterna.

En la segunda lectura, es muy trascendente la expresión del escritor sagrado: "...me has preparado un cuerpo (...), aquí estoy para hacer tu voluntad...". El hombre posmoderno, en el tiempo en el cual vivimos, nos encontramos en medio un ambiente marcado por un pansexualismo, donde la inmediatez: de tener una vida llena de confort; y donde los deseos que imperativamente, si no sacian a la persona no experimenta la felicidad; el culto al cuerpo que tiene una relevancia importante. La apariencia, la imagen, en nuestros días sustituye al ser persona, al ser hombre; por eso esta frase: "...me has dado un cuerpo...", vemos cómo en Cristo se ha cumplido plenamente, porque Cristo se ha encarnado en el seno de la Virgen María, para entrar en la historia de la humanidad y desvelarnos el designio y proyecto de Dios para con la humanidad, que a través del pecado al hombre le ha quedado oculto. El pecado le ha ocultado al hombre la obra maravillosa de Dios, por eso las palabras del Génesis, cuando Dios se dirige a Adán: "...Adán dónde estás..."; y el autor sagrado en boca de Adán pone: "...tuve miedo y me escondí...". El pecado no solamente al hombre le ha ocultado la obra de Dios, sino que también le ha desdibujado el rostro de Dios, lo que significaría: Dios para el hombre; por eso las

palabras de Cristo a Felipe, cuando después que Felipe ha visto todos los signos y milagros que hace Jesús, hace la gran pregunta: "...Señor muéstranos al Padre y nos basta...", y Jesús le responde: "...Felipe quien me ve a mí ve al Padre...". Así tenemos, que el Padre del Cielo, en Jesús Hijo de María, le ha preparado un cuerpo, para que el cuerpo mortal que ha asumido Cristo sea para nosotros presencia de Dios, y realización de la obra de Dios en Cristo. El cuerpo se dignifica y se santifica, viviendo en el designio de Dios, en el proyecto de vida que Dios en Cristo ha desvelado para todo hombre. Así tenemos, que vivir en la voluntad de Dios, no debemos solamente entenderlo en el sentido del Misterio Pascual de Cristo, sino que en cada hombre, y sobre todo, en cada bautizado, el vivir en la voluntad de Dios: nuestra vida no solamente exprese, sino que se realice hasta la eternidad; lo que dice San Pablo: "...en Cristo somos una nueva creación, pasó lo viejo y todo es nuevo...", y este "todo nuevo", está significando lo que dice el salmista: "...Señor por las mañanas proclamamos tu misericordia y de noche tu fidelidad...".

El profeta Miqueas, hace referencia a la ciudad de Belén, como la más pequeña, y eso tiene un sentido muy grande hoy para nosotros y en cada tiempo, no debemos: leer ni oír las Sagradas Escrituras, como un documento histórico o de simple conocimiento para adquirir; porque esta ciudad de Belén, somos cada uno de nosotros, a quien Dios, no por nuestra pequeñez en el sentido de pobreza, debilidad, fracasos, desesperanzas o infidelidades; Dios no nos ha dejado de lado, porque Dios es fiel a sus promesas, y como dice el autor sagrado en el contexto del diluvio en el libro del Génesis: "...no destruiré más al género humano...", y como dirá Moisés a Dios: "...es un pueblo rebelde de dura cerviz..."; debemos aceptar hermanos, que el amor de Dios es tan grande que no se arrepiente de la obra de sus manos, y por ello, como dice la Escritura a través del profeta: "...en la plenitud de los tiempos nos ha enviado a Cristo el Señor..."; y como dice al final en la lectura el profeta: "...Él será nuestra paz...", porque en Cristo nosotros los hombres podemos vivir una verdadera paz, pues no se puede querer vivir en la voluntad de Dios, si no estamos en paz y en comunión con los hermanos; es como los esposos cuando viven un verdadero amor, unen sus cuerpos en una verdadera comunión llenos de paz y de amor.

En el presente Evangelio cabe destacar lo que el hagiógrafo dice: "...saltó la criatura en su vientre...", está haciendo alusión a Isabel, cuando escucha la voz de María, pero inmediatamente habría que decir lo siguiente, para ayudarnos a todos; dice la tradición de los primeros padres de la Iglesia: la Sagrada Escritura en el cristiano debe bailar; esto apoyados en el texto cuando David entra triunfante a Judá, entra danzando con el rollo de la Alianza en la mano. Entonces tendríamos que preguntarnos, la pasividad que hay en tantos cristianos católicos, e incluso esto no excluye a religiosos y ministros ordenados, qué es lo que no nos hace danzar; porque si la Escritura danzara en nosotros, nos llevaría con docilidad, transparencia y confianza a vivir en la voluntad de Dios. Dice San Agustín, al inicio del comentario que hace a los Salmos (150): "...Cristo cuando vino a este mundo ya todo el ritual de su vida estaba escrito, para hacer la voluntad de su Padre...", porque el mismo

San Agustín manifiesta que los salmos son el ritual de la vida de Cristo que en su muerte de cruz lleva a pleno cumplimiento; las palabras que San Juan lo plasma en su Evangelio, cuando dice: "...no ha llegado mi hora...", pensemos con qué deseo y tensión Cristo expresaba estas palabras; y después cuando dice: "...ha llegado la hora..."; o cuando dice: "...para esto he venido..."; y cuando en la cruz dice: "...todo está cumplido...".

Ante las palabras: "...oyó el saludo de María...", para nosotros la figura de María es figura de la Iglesia, entonces preguntémosnos: podemos estar viviendo la vida cristiana e incluso ser ministros de la Iglesia y no oír la voz de la Iglesia, que nos da a Cristo; y esto se evidencia no solamente en los fieles católicos, sino también en los ministros de la Iglesia, por los sucesos que se dan, donde tantas veces incluso en la praxis de la vida se cuestiona la moral cristiana y aún más la obediencia a la autoridad de la Iglesia. A la expresión "...quien soy yo para que la madre del Señor venga a mí...", solamente esta expresión la pueden vivir aquellos que tienen un corazón sencillo y humilde, que aceptan y comprenden las gracias de Dios y la viven no por sus méritos ni sus logros, sino porque Dios obra en un corazón que lo acoge. Es cuando Dios le dice a Samuel, al enviarlo a elegir al rey le dice: "...no te fijes en la apariencia porque yo miro el corazón del hombre...", y por eso por la Sagrada Escritura, sabemos que Dios llama al rey David "según su corazón", aún el pasado de su vida.

Es importante remarcar la última expresión del Evangelio: "...dichosa tú que has creído...", debemos reflexionar profundamente en esta expresión, muchas veces no creemos, en la forma como educamos a los hijos, los estamos ya incapacitando para escuchar a Dios en sus vidas, no por casualidad nos enseña la Doctrina de la Iglesia y la Tradición, que la Virgen María, fue preservada de todo pecado; por eso debían preguntarse los que son padres y educadores, que directamente tienen que ver con la niñez: Con la enseñanza y educación a los hijos-alumnos: los preservamos -orientándolos-, para que en un mañana puedan escuchar la voz de Dios, y como dice el autor sagrado "...dichosa tú..."; para que en un mañana nuestros niños y jóvenes sean: dichosos, felices. Es necesario que los hogares-familia-matrimonio; puedan inspirar sus vidas en el modelo de la Sagrada Familia de Nazareth, porque solo: el acoger a Cristo en la vida; vivir con esperanza a Cristo en la vida, y que Cristo sea la fuente de nuestro amor en el seno del matrimonio y la familia; podremos ser como la Virgen María, dichosos. Lo contrario, estaremos como Tomás, viviendo con incredulidad como que si aquello que sucede y acontece, no tiene relación con su vida. Cristo, hace que Tomás le toque sus llagas para curarlo, no solamente la incredulidad de Tomás; porque la raíz de la incredulidad consiste en que la fe y la esperanza quedan subordinadas a lo que el hombre puede entender con su razón; cuando la fe es un encuentro vivencial, con el Dios que se nos ha revelado en Cristo. Que este evento, acontecimiento, del nacimiento de Nuestro Redentor nos lleve al encuentro con el Dios de la Misericordia para vivir en comunión verdadera con los hermanos en la fe.

Pbro. Oscar Balcázar Balcázar

